

[PLUMAS AL VUELO]



◆ JESSICA NIETO

LA
FASCINANTE
ESCRITURA
COMÚN

*A Julieta, quien me apoyó con sus ideas
y escribe mucho más que yo.*

En su libro *La cultura escrita de la gente común en Europa*, Martyn Lyons desarrolla una comparación entre los procesos de alfabetización en Francia, Italia y España, desde mediados del siglo XIX a principios del XX. A Lyons lo que le interesa es desentrañar qué y cómo se escribía en este periodo cuando la escritura comenzó a democratizarse y se iba tornando de uso cotidiano para todos y todas, y no sólo para las personas de cierto status o con cierta educación.

Ahora, en esta época plagada de escri-bientes, parece increíble pensar en esto; pero hubo un tiempo en que la escritura era solo para los pudientes, para quienes podían acceder al papel y a la tinta, a los libros y a la escuela; es decir, para quienes dominaban los formatos y los instrumentos. Ahora, aprender a escribir es un derecho y desde muy pequeños somos instruidos en el arte de dibujar letras en el papel.

Así, Lyons se sumerge en archivos para ubicar manuscritos como

cartas, diarios, registros de compras, transacciones, notas... todos textos de escritura ordinaria. No le interesan los textos literarios o religiosos o cualquier otro surgido de una élite intelectual: quiere estudiar toda esta escritura que suele desdeñarse, pero que, si lo pensamos, es la que ha sostenido a la humanidad: la escritura del día a día. Una de estas escrituras cotidianas es la de los niños. Lyons la menciona, pero admite que por cuestiones de tiempo y logística no pudo incluirla en su

estudio. Y es que basta con recordar todo lo que cada uno de nosotros hemos escrito desde nuestra primera infancia hasta la preparatoria, para que nos abrume la cantidad de texto que hemos generado. Hagamos a un lado si tiene valor literario o no: el hecho es que hemos ido dejando huellas escritas de nuestra existencia prácticamente desde que tenemos uso de razón. Es comprensible, hasta cierto punto, que Lyons se haya visto intimidado ante el discurso escritural infantil.

Creo verdaderamente que es durante nuestra infancia y adolescencia cuando más escribimos. En general, todos y todas. Ya si alguien de la generalidad desea y puede seguir escribiendo con cierto afán de trascendencia, está bien. Pero cuando somos muy, muy pequeños, y empezamos a ir al kínder, es estar todo el día con los trazos; trazos que se convertirán en letras, letras en palabras, palabras en oraciones. De pronto, casi sin darnos cuenta, ya estamos escribiendo. En el texto de presentación de uno de los libros de mis hijas, uno de estos manuales para enseñar primeros trazos, la autora afirma que el proceso de aprendizaje de la escritura ocurre de manera automática. Emilia Ferreiro, una psicóloga especializada en los procesos de aprendizaje de lectoescritura, comenta algo al respecto –y ese algo resulta crucial para entender cómo desde niños se va condicionando nuestra relación con la escritura–: “Pero esa lengua escrita no es lengua escrita, es dibujo de letras y sonorización de palabras [...] Sólo se trataría de asociar cada letra con un sonido y mediante una operación mágica esos objetos individuales se sintetizarían dando lugar a formas sonoras que corresponden a palabras que entendemos”.

Tiene razón Emilia en denunciar la automatización del aprendizaje de la escritura. Cuando leí la presentación del libro de mi hija, debo admitir que me escandalicé: por supuesto que no deseaba que mi hija asumiera la escritura como algo meramente instrumental, accesorio, una habilidad para ir avanzando en la escuela y ya. La escritura siempre ha sido más que eso. Pero no estoy de acuerdo en la forma en que Emilia desprecia la esencia visual de la escritura: escribir es dibujar, siempre ha sido así, y minimizarlo me resulta erróneo. De hecho, si hay algo que acerca mucho a los niños y a las niñas con las letras, es pensarlas como dibujos. Por eso de pequeños invadimos el mundo con nuestros garabatos, y las letras pueden serlo todo. Los trazos infantiles contienen la maravilla primera, la posibilidad de nombrar sin hablar, el fuego del descubrimiento. Mi hija mayor, Julieta, dice que cuando aprendió a escribir experimentó una gran “emoción, porque sentía que estaba haciendo algo nuevo, que iba a empezar a conocer cosas nuevas”. Julieta está convencida que “la escritura es importante porque puedes comunicarte y te ayuda a pensar”. No dudo que esta forma de entender la escritura sea común en casi todos los niños y niñas. Escribir es fascinante. Nunca debiera dejar de serlo, y los métodos de enseñanza de la misma deberían apuntar a esa fascinación.

Quiero creer que, aunque la automatización de la escritura persiste, los niños y niñas se rebelan y, fascinados, escriben. Dibujan letras y componen cartas –todas las cartas a Santa, a los Reyes, forman parte

del discurso escritural infantil–; hacen sus tareas y cómics; crecen y comienzan sus bitácoras personales, sus diarios; escriben ensayos, resúmenes, todo lo que van aprendiendo lo van registrando. Es un universo de palabras. Lyons, aunque no lo integra a su estudio, reconoce su importancia y deja entrever cuán necesario es considerar los textos de los niños cuando se trata de hacer una historia de la escritura. Y yo ahora pienso que sí debió incluirlos, porque hay que comenzar a tomarlos en serio. Si se trata de reivindicar la escritura cotidiana, habría que empezar por ésta. También creo que una de las razones que han mantenido al margen de las historias de la escritura a la practicada por la gente ordinaria, es asumir que se usa como un mero instrumento, sin reflexionar en torno a ella, es decir, automáticamente. No dudo que en ocasiones así sea, sobre todo en estos tiempos en los que más que escribir tecleamos o texteamos con el mismo impulso automático que nos adoctrinaron desde pequeños. Pero si volvemos la mirada a la escritura infantil, encontraremos la fascinación primera. Julieta dice: “Me gusta más la escritura a mano, aunque a mano me tardo más y en la tableta, no”. Escribir toma tiempo, y en ese lapso estoy segura que los niños y las niñas piensan en cómo y en qué están escribiendo, tal y como lo harían los grandes escritores. “La escritura de los niños tiene el mismo valor que la de los adultos, no hay ninguna diferencia”, afirma Julieta, una escribiente común, ordinaria, pero fascinada. ●